



Educación Ambiental: Educación en Valores

Federico Velázquez de Castro González.

Presidente de la delegación en Andalucía de la
Asociación Española de Educación Ambiental (AEEA)



Aunque “Educación Ambiental” es un término sobradamente conocido, a veces se olvida que está constituido por dos palabras, un sustantivo y un adjetivo. Y que quien la define, ciertamente, es el sustantivo. Por ello, hablar de educación ambiental es hacerlo de educación, y educar no es sino promover a las personas, hacer aflorar lo mejor de lo que llevan dentro. Y nada de esto es posible sin valores, verdadero fundamento de los seres humanos y objetivo de toda educación.

Uno de los rasgos que definen a nuestra sociedad postmoderna es el relativismo. También, la ausencia de grandes ideales por los que se empeña la vida, ideales que movilizaron tantas conciencias y que promovieron movimientos de emancipación social a cuya sombra se gestaron muchas de las conquistas que actualmente disfrutamos. Mas, aquellas épocas en las que creíamos (creo en el hombre, escribía Blas de Otero) han ido diluyéndose, ahogadas por el materialismo de la sociedad del despilfarro en las que el pretencioso grito de la Ilustración *Dios ha muerto, ¡viva el hombre!* ha pasado a sustituirse por el de *el hombre ha muerto, ¡vivan las cosas!*

Detengámonos en el primer rasgo citado: el relativismo. Cuando la filosofía contemporánea, impregnada de la superficialidad de su época, solamente nos habla del consenso como máxima

conquista, y cuando en la vida cotidiana nos parece haber encontrado el paradigma de la libertad al afirmar *haz lo que quieras mientras no me molestes*, estamos sepultando la cultura y la razón de ser de nuestra especie, cuyas posibilidades de supervivencia se basan en su vertebración, lo que sólo es posible cuando se comparten convicciones y valores, en suma, cuando la sociedad educa en su conjunto.

Uno de los ejemplos más ilustrativos de este acuerdo lo hemos encontrado en la lucha contra la violencia de género. Las instituciones han difundido reiteradamente el mensaje de no permanecer con los brazos cruzados ante los malos tratos ajenos, considerando que las broncas o las agresiones eran problemas privados de la pareja. La intervención decidida, por parte de todos ante tales hechos puede considerarse una

de las mejores vías para cercar el problema y señalar al maltratador, que quedará aislado ante la mirada de una sociedad desaprobadora.

A una sólida formación en valores está llamada, en primer lugar, la escuela. Aunque la educación en valores se le supone, no siempre responde verdaderamente a lo que debiera ser su misión principal. Es verdad que no puede ser una isla y que quien, dialécticamente, la crea es la propia sociedad, mas, pese a todo, debería continuar siendo un centro de sabiduría y compromiso. Condición necesaria será contar con maestros, y no sólo con funcionarios ocupados en terminar sus programas. Maestros creyentes y entusiasmados con su tarea, y partidarios decididos de todo lo que suponga promover a la persona. Y que toda la comunidad se implique en educar en valores: ¿puede un centro docente

encogerse de hombros ante unas cafeterías escolares que despachan todo tipo de productos, incluida la comida basura o la bollería industrial? ¿O ante alumnos que lleguen hasta sus puertas con el ciclomotor trucado? ¿O podemos hablarles de educación para la salud con la cajetilla de tabaco en el bolsillo, o de educación ambiental yéndonos de caza el domingo?

Y junto con la escuela, todos los demás. Todos educamos con nuestra actitud y nuestro ejemplo, porque una de las características de los valores es que son enseñables, cognitiva y afectivamente, y cuando en la escuela no sólo el profesor, sino el conserje, el conductor del autobús escolar, el secretario... también eduquen e igualmente lo hagan todos los miembros de la sociedad, tendremos puestos los fundamentos de una sociedad nueva, definitivamente superadora de la pasividad y el desconcierto.

Hasta ahora no hemos mencionado nada expresamente ambiental, porque ya advertíamos al principio que la educación es una y con mayúscula. Tanto adjetivo no provoca sino levantar la sospecha sobre si lo que falla no es el sustantivo, pues ¿qué verdadera educación no es ambiental, para la salud, para la paz...? Y sin embargo, como la necesidad refuerza los acentos, tenemos que hablar de educación ambiental, mas sin olvidar que sus fundamentos y aspiraciones son comunes, y que sentimos sus carencias como también lo experimentan tantos educadores dentro y fuera del ámbito escolar. Pero el grado de deterioro del planeta es tal que intervenir es urgente, y ninguna política ambiental saldrá adelante si no viene acompañada por propuestas educativas que generen la reflexión y la adhesión a valores.

Si bien en otros momentos históricos la capacidad de intervenir socialmente era

limitada, con la llegada de la sociedad de consumo el ciudadano tiene grandes esferas de poder en sus manos. Antes sólo era productor (lo que no le impedía actuar mediante la huelga y otras manifestaciones ante condiciones adversas), mas hoy es también consumidor (y ahí reside la novedad, pues antes sólo una minoría privilegiada podía acceder a los bienes), y desde ambas condiciones se puede influir con decisión sobre el devenir histórico. En una sociedad, no ya idólatra del becerro de oro, sino fascinada por el oro del becerro, la única garantía verdadera de vida (más allá del estado de supervivencia en el que ahora nos encontramos) es hacerlo con valores, luz y guía de la conducta humana.

Existen muchos valores conectados con la educación ambiental. No todos tienen la misma importancia, no olvidemos que los valores son jerarquizables y, así, no pueden situarse al mismo nivel la solidaridad y la puntualidad. Por ello, hemos elegido dos que hoy se revelan urgentes y necesarios: la austeridad y el respeto.

LA AUSTERIDAD

Es un valor clave y a la vez crítico frente a las sociedades desarrolladas y opulentas de nuestro tiempo. El modo de tener, según la terminología de E. Fromm, consecuencia de vacíos existenciales y falta de orientación y principios, pretende alcanzar la felicidad o, más bien, una calma transitoria, poseyendo y acumulando. El mercado occidental, convertido en un escaparate permanente, aprovecha este tono moral para introducir sus artilugios, invitando a la renovación permanente y al seguimiento de la moda. Nuestra vida se vuelve así compleja y dependiente a la par que vulnerable, gastando energía y tiempo en mantener los objetos comprados, aunque

continuando atentos a los nuevos modelos que la incesante publicidad introduce.

La austeridad, la sencillez o simplicidad nos hace más libres y menos dependientes. Pero también es una obligación con la Tierra y sus recursos. El Worldwatch Institute confirmaba en 2004 que si toda la humanidad viviera con el estilo de vida occidental, harían falta 3 planetas como el nuestro. Quizás pensemos que el despilfarro es sólo cosa de “ricos”, pero muchos actos diarios delatarían también nuestra conducta, desde el exceso de ropa y calzado (la moda de nuevo), la luz que queda sin apagar o el innecesario uso del coche para comprar el periódico. Ser reflexivo con la utilización de los recursos y crítico con las ofertas publicitarias es una condición obligada para las personas con conciencia y, en estos momentos, un acto de responsabilidad.

En este sentido, J.J. Cousteau declaraba poco antes de su muerte que el principal enemigo del medio ambiente era el consumo. No ignoraba que detrás de la avaricia de recursos que supone (minerales, agua, energía), se encontraba la otra cara, los residuos que luego irían a parar al aire, al agua o al suelo. El ciudadano – consumidor tiene ante sí una formidable herramienta de transformación social con unos correctos criterios de consumo. Puesto que el sistema se ha arriesgado a lanzar el anzuelo para continuar su frenética carrera de crecimiento, no lo mordamos. Callada y silenciosamente,elijamos un modo de vida más sostenible, que sea lo mismo que decir más integrado, más considerado, más respetuoso. Disfrutando del encuentro con uno mismo, con los demás y con el medio, en su asombrosa grandeza, confirmando una y otra vez que lo que verdaderamente hace feliz suele encontrarse gratis.

¿Dónde se halla entonces la calidad de vida? En vivirla con sentido, con criterios, desarrollando la vocación en ese sentido amplio al que se refería Ortega. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a él mismo?, han proclamado desde el principio los grandes maestros. Ya invitaba Mounier a rehacer el renacimiento, promoviendo personas con múltiples intereses desde la ciencia al arte y la política. Este cultivo personal que requerirá periódicamente momentos de silencio y alejamiento, ayudarán a que nos situemos en nuestro centro para

impulsar la pedagogía del amor, pues no se actúa amorosamente mientras no se contempla al otro en libertad.

El principal problema ambiental es el despilfarro de nuestras sociedades opulentas, con sus elites a la cabeza. Decía Frank Schumacher:

El deterioro ambiental no se origina a partir de la ciencia o de la tecnología...sino en el estilo de vida del mundo moderno, que a su vez procede de sus creencias básicas.

histórica que puede orientarse adecuadamente con conciencia e ideas, que, por cierto, no basta con tenerlas, por buenas que sean, sino que deben ser también practicadas, divulgadas y difundidas.

Contribuye al consumo insostenible de recursos la fe ilimitada en la tecnología (que contrasta, curiosamente, con la ausencia de fe en ideales más elevados), con la que siempre habrá soluciones y sabremos salir de cualquier aprieto, visión ésta que no dudará en tildar de aguafiestas



irradiar desde allí a todas las áreas de su existencia. Y una persona en su centro –centrada– no es manipulable ni la llevan los vientos de lo efímero. El viento siempre sopla favorable para aquellos que saben dónde van.

Austeridad es también disfrutar sin poseer. El que para gozar de los pájaros debe tenerlos enjaulados y para disfrutar de los insectos tiene que clavarlos en su colección, no es libre ni llevará libertad a sus relaciones. Es éste un largo aprendizaje que se confunde con el mismo proceso evolutivo humano, mas la meta final no puede ser otra que gozar en libertad de uno mismo y de los demás. Pero quizás previamente habría que

Vivimos en un mundo de recursos limitados, aunque su fácil disponibilidad nos sugiera que son inagotables. Ciertamente, algunos lo son, siempre que se sepan respetar sus ciclos, pero muchos son recursos minerales o fósiles cuyas reservas, por muy abundantes que parezcan, tienen un fin. Emplearlas sin control es parecido a quien dispone de un depósito para largo tiempo, pero que por su codicia y ansia da cuenta de él a los pocos meses. La explicación de esta práctica insolidaria sólo se entiende cuando no es uno mismo quien paga las consecuencias de su acción, sino los que vienen detrás o los que están lejos, es decir, alguien a quien no se ve. De aquí se deriva una alta responsabilidad

y pesimista a las apreciaciones proambientales. Pero esta fe tecnológica no es sino una superstición peligrosa a la que habrá que recordar la estrecha dependencia energética de nuestra sociedad, a la que un apagón puede pulverizar. Tecnología sin conciencia es alimentar a un gigante con pies de barro que cuanto más crece, más riesgo corre de caer y hacerse añicos. Y el mejor ejemplo, insistimos, es la dependencia de la energía eléctrica en la que más allá de su aplicación original en la iluminación, hoy invade y coloniza el trabajo, el ocio, la cocina, las comunicaciones, la climatización y hasta el transporte. Un posible crack podría dejar fuera de combate a nuestra

hiperdesarrollada sociedad.

Otro de nuestros fetiches es el crecimiento económico. Aplaudimos y votamos a los que nos ofrecen un crecimiento del X%, tanto mejor cuanto mayor sea éste. Aunque no llegamos a comprenderlo muy bien, intuimos que crecimiento es sinónimo de actividad económica, creación de empleo y prosperidad al fin, es decir, mayor disponibilidad de bienes y más dinero para adquirirlos. Pero ¿cuál es el coste oculto del crecimiento? Esto es lo que queda escondido, pues tras él vemos explotación –quizás insostenible- de recursos, explotación de mano de obra –en muchos casos fuera de nuestras fronteras en condiciones humillantes- y comercio desigual. Por lo tanto, crecimiento no es lo mismo que verdadero desarrollo.

En este sentido, la austeridad puede suponer un justo freno a esta dinámica de crecimiento ciego y favorecer así una verdadera solidaridad con los empobrecidos del planeta. Los pobres no lo son porque no dispongan de recursos (muchos países situados habitualmente en el mapa de la pobreza disponen de escandalosas riquezas naturales), sino por la explotación que hacemos (y hemos hecho) de ellos y por las normas comerciales que los organismos internacionales imponen. Frenar nuestro consumo es colaborar a decir “alto” a esta dinámica, con la vista puesta en que estos recursos deben ser también utilizados y disfrutados por las generaciones venideras y por los menos favorecidos de las generaciones presentes. Naturalmente, esto no puede quedar sólo en una posición personal, sino que debe defenderse políticamente con la búsqueda de nuevas relaciones internacionales.

La austeridad y, desde luego, la sostenibilidad, parten de la premisa de que no debe consumirse más de lo

necesario. Sería la expresión del principio de la suficiencia. Mas, ¿quién determina qué y hasta dónde puedo consumir y hasta dónde no? En cuanto al quién, salvo que lleguemos a una situación límite y no deseada en la que volviéramos a utilizar cartillas de racionamiento, somos nosotros los que debemos autolimitarnos. ¿Con qué criterio? Con el de proveernos de lo necesario (en el sentido más estricto). Posiblemente necesitemos unas botas, un teléfono o una radio, pero no dos. Quizás por tu profesión necesites un ordenador, un coche o un teléfono móvil, pero no es obligatorio que todos lo tengamos. Naturalmente, aquí se incluyen las necesidades culturales en las que uno mismo debe marcar también sus límites y en donde compartir estos bienes (bibliotecas, discotecas, videotecas) puede constituir una de las mejores opciones.

No haría falta insistir en ello, pero austeridad no significa necesariamente abandonar todo y retirarse al campo para formar sociedades rurales, como las que existían siglos atrás. El mérito estriba en vivir con sencillez desde nuestro medio urbano o, en general, el medio en que cada persona se desenvuelva. Salvo casos muy aislados, aunque igualmente válidos, la propuesta no consiste en convertirnos en “agricultores autosuficientes” que cultiven el huerto e instalen energías renovables, sino en incorporar voluntariamente la sencillez como norma de vida, disfrutando más con menos gasto, atendiendo sólo a lo necesario, en cuanto a lo material se refiere, pero sin poner límite alguno al disfrute espiritual, auténtica guía de realización de la persona.

Y mucho menos retirarse al huerto de Cándido como escape a una sociedad que no nos gusta. Se precisan hombres y mujeres comprometidos que no den la espalda al mundo y sus requerimientos.

Pero para ello, las riquezas son ataduras que cautivan y adormecen, por lo que la disponibilidad y libertad que se necesitan. Sólo pueden brotar de la sencillez material y la riqueza interior.

Señálese también que cuantas más cosas se posean, más nos poseerán ellas a nosotros. Complicarse la vida, como se suele decir habitualmente, no hace sino atarnos más y, en definitiva, distraernos de nuestra vocación y camino. Como esto es lo único que importa para nuestra realización personal y comunitaria, toda la carga adicional puede convertirse en cadenas. Nuestra vinculación hacia estos lazos materiales debe ser moderada y flexible. Parafraseando a Sivananda, sabio hindú de nuestro tiempo, lo decía con palabras misteriosas: *Apega, desápégate...* Apégate a la verdadera realización, desápégate de todo lo demás. El budismo también señala al apego como una de las causas del sufrimiento. En conclusión, todo lo que no conduzca a la realización es secundario.

Para los países empobrecidos, el valor de la austeridad es igualmente válido. La globalización, que pretende exportar el modelo occidental a todo el mundo, está logrando la consolidación de elites en todos los países, aun en los más pobres. No hay duda de que, de la misma manera que los países ricos deben reducir sus niveles de consumo para garantizar la sostenibilidad, los países pobres deben aumentarlo hasta la erradicación definitiva de la miseria y todas sus secuelas. Pero una vez alcanzado ese objetivo, no deberían imitar nuestro modelo de crecimiento, so pena de repetir nuestros mismos errores. El nuevo mundo posible debe ser un logro económico, social, ambiental y cultural en todos los rincones de la Tierra.

EL RESPETO

Todos conocemos el sentido que este valor encierra porque su enseñanza nos ha sido constante desde la familia y las primeras etapas escolares. Miramiento, consideración, atención, cuidado... podrían constituir algunos de sus sinónimos, si bien tenemos que admitir ya desde el principio que, en sociedades cada vez más desvertebradas el respeto ha ido degradándose hacia meras actitudes cívicas o de no agresión, olvidando la dignidad añadida que ciertas personas (padres, maestros, mayores) o instituciones poseen.

Mas, aun así, el respeto, guiado por los valores y normas de una sociedad muy antrópica, ha sido propuesto sólo para el semejante (lo que no es poco). Pero se ha olvidado extender la mirada hacia el resto de nuestro entorno con una miopía injustificable, especialmente cuando se conoce su riqueza y diversidad. Antes al contrario, el medio, con todos los seres vivos que lo pueblan, ha sido objeto de persecución y espectáculo, colocando a los animales como mercancía y juego.

Compartimos nuestro planeta con millones de especies para las que la Tierra es también su única morada. Llegaron antes que nosotros y a través de complejas redes organizaron la trama de la vida. No nos necesitan para llevar adelante su dinámica e interrelaciones, mas sin ellas (pensemos en los vegetales) no existiríamos. Más débiles y vulnerables, en muchos casos, que nosotros, no hemos encontrado más deleite que el maltrato y la explotación, rebajando nuestra dignidad con tan vergonzoso comportamiento.

Cuando se es fuerte hay que ser bueno, decía Franklin. Y Gandhi: la cultura de un pueblo se conoce en la forma en que éste trata a los animales. Incluso los

movimientos de liberación, las organizaciones sociales y muchos de los que se han preocupado por la emancipación humana, rara vez han incluido a otras especies en su proyecto. Digamos a este respecto que no compartimos el punto de vista de algunos colectivos que promueven el respeto a los animales considerando que somos una especie como ellos, unos animales más, y que por ello no se tiene el derecho a que una especie abuse de otra. El hombre no es un animal, stricto sensu, aunque sea ésta nuestra procedencia filogenética, pues gozamos de atributos que nos hacen cualitativamente diferentes, a saber, la cultura y la libertad. También el amor y la inteligencia, mas guiada por los anteriores: yo puedo amar más allá de lo que mi instinto me ordene y organizar mi vida, mis valores y mis creencias más allá de las normas básicas de supervivencia. El ser humano está en lo más alto de la jerarquía de la vida y tiene una cualidad que ninguna otra especie comparte: su capacidad de hacer historia, de crear su destino, de mejorar su futuro.

Ese lugar de honor, sin embargo, no basta con ocuparse, debe merecerse. A lo largo de la historia se entremezclan las luces y las sombras, siendo tan fuerte éstas, que bien podemos afirmar que el ser humano aún continúa haciéndose y, en ningún modo, ha alcanzado su plenitud. Entre ellos se encuentran olvidos y barbaries que demuestran que el respeto, aun entre nosotros mismos, está muy lejos de lograrse. Si permitimos y nos regocijamos con el modelo actual de consumo, que crece explotando a millones de seres humanos y en el que destacan como principales fuentes de beneficio la guerra, las drogas o el comercio sexual, ¿cómo podemos esperar que se trate a la naturaleza? Y tampoco deberíamos de tolerar que nos preocupásemos sólo por el bienestar

animal desentendiéndonos de la suerte de los humanos. Cualquier persona merecedora de tal nombre no puede quedar al margen del destino de sus hermanos —nada de lo humano me es ajeno— ni de sus hermanos menores, que también forman parte del patrimonio del planeta.

El maltrato animal aparece de muchas maneras, volviéndonos con su práctica más denigrados e indignos: la explotación como herramienta de trabajo, la caza, las fiestas crueles (incluidas las corridas de toros), la experimentación científica no justificada y la cría, transporte o mantenimiento en condiciones intensivas o inadecuadas. El ser humano, para su subsistencia, ha dispuesto históricamente de los animales para su alimentación, vestido y trabajo, sin que haya nada en ello reprobable, salvo lo que fuera cruel o innecesario. Y es en esta línea en la que debemos continuar apuntando: la eliminación de todo daño gratuito.

La educación y la ética son las dos principales vías para que recorramos el habitual camino que lleva del conocimiento a la protección. Y lo que antes suponía la conservación de un espacio por razones más genéricas —de estéticas a económicas— ahora despierta también la empatía, por cuanto que tratamos de seres vivos, sorprendentes, admirables y sensibles. No debiera resultar muy difícil, dentro de un entorno en el que el niño es apreciado y querido, que éste extendiera su mirada amable y protectora hacia los animales. Pero este impulso debe ser estimulado dentro de una pedagogía liberadora: gozamos con el animal libre, no dentro de una jaula, ni ensartándolos en un panel para coleccionistas. La educación no debe quedar sólo en decir “mira qué bonito”, sino si está bien allí donde se encuentra. Esto llevaría a cuestionar, además de las jaulas mencionadas (un aspecto más del

tener frente al ser), espectáculos callejeros, circos y algunos zoológicos. El verdadero amor no puede crecer ni alegrarse sino con la libertad del otro.

Es el momento de desmontar muchos de los argumentos en los que se apoya el maltrato animal. No es infrecuente encontrar justificaciones que hacen referencia a la tradición, la cultura, lo nacional...cuando no a los susodichos puestos de trabajo. Pero no es tampoco difícil rebatirlos. La tradición sólo debe mantenerse si tiene valores, en caso contrario es obligación de cada época abolirlas y soltar el lastre que representan. Quemar a las viudas en la India o mutilar genitualmente a las niñas en África son tradiciones bárbaras que deben, si todavía no se ha hecho, ser inmediatamente abolidas. De la misma manera, las corridas de toros o la caza del zorro son actos crueles propios de pueblos incultos y primitivos e incompatibles con la razón y la compasión. El respeto a estos otros seres vivos es el valor que debe predominar sobre el capricho y el negocio.

Y lo demás tampoco se sostiene. El sufrimiento, cuando no la tortura y la barbarie, no pueden ser considerados cultura. Y en cuanto a los puestos de trabajo, debemos realizar varias consideraciones. La primera, que el trabajo no es por sí mismo un valor, sino el desarrollo de una potencialidad que se

pone al servicio de un fin u otro, y no todos son igualmente legítimos. El armamento, las drogas, el comercio sexual... generan miles de “puestos de trabajo”, pero ¿merece la pena gastar lo mejor de la vida al servicio de causas destructivas? ¿Cuál será el orgullo del trabajador –intelectual o manual- cuando al llegar a su jubilación recapitule sobre las bombas o balas que ha fabricado o diseñado? Una persona con conciencia sabrá elegir su trabajo, consciente de que tras él hay un servicio a la sociedad y una realización personal. Y rechazar aquellos de los que derive un daño para los seres humanos o para el medio.

En realidad, más que los puestos de trabajo, las actividades de maltrato animal suelen ser suculentos negocios de los que muchos se aprovechan y en donde se esgrimen esos argumentos para continuar manteniendo sus beneficios. Mas la historia no se detiene y pronto irá apartando estas fiestas y tradiciones como parte del pasado, dejando atrás estas fiestas bárbaras y brutales. Aunque no se conseguirá gratuitamente. Como respondía Unamuno a alguna pregunta sobre el devenir histórico, hay que “empujar” si queremos que las cosas evolucionen y cambien.

Toda especie viva tiene derecho a una existencia digna. ¿Qué sería del hombre si faltaran los animales?, escribía en su ya famosa carta el cacique indio Seattle.

Puesto que aparte de la evolución biológica y de los cambios naturales de los entornos ecológicos sólo el ser humano puede interferir en aquélla, es su deber no hacerlo por capricho, antes bien, debe respetar profundamente la vida que ha sido puesta ante él combinando el respeto y la admiración con la observación inteligente, capaz de acudir a ayudar al mundo vivo cuando esta ayuda sea necesaria, puesto que el ser humano es la única especie capaz de tener una visión holística y global.

En resumen, los dos principales retos que la educación (también la ambiental) tiene en estos momentos son la implicación de toda la sociedad en la tarea de educar y el hacerlo con coherencia y concordancia, sabiendo que los valores ambientales son revulsivos de este modelo de sociedad. Todos estamos llamados a esta tarea y de que salga adelante dependerá que otro mundo sea posible o de que, como expresaba Donella Meadows, se lleve a cabo una “revolución silenciosa”. El corazón del ser humano no se calma con sucedáneos, por lo que continuará buscando la verdad, es decir, las convicciones, los valores y los ideales que orienten su vida. Y nos referimos a la verdad con mayúscula. La tuya, como decía Antonio Machado, guárdatela.

Bibliografía

- FRANKL, V. *El hombre en busca de sentido*. Herder, Madrid
- FROMM, E.: *Tener o ser*. F.C.E. México, 1978.
- MARTÍN-MOLERO, F.: *Educación ambiental*. Síntesis. Madrid, 1996.
- MEADOWS, H.D. y otros: *Más allá de los límites del crecimiento*. El País-Aguilar. Madrid, 1992.
- SCHUMACHER, F.: *Lo pequeño es hermoso*. Herman Blume. Madrid, 1978.
- VV.AA. *Teoría y Práctica de la Educación Ambiental*. Grupo Editorial Universitario. Granada, 2004.
- VELÁZQUEZ DE CASTRO, F.: *Educación ambiental*. Narcea-M.E.C. Madrid, 2001.